

Luis Tejero González

NUEVAS APORTACIONES A
“AMÉRICA EN *EL JARDÍN DE LAS DELICIAS*”
(apéndice I)

luistejergonzalez@yahoo.es

Colección: E-libros (apéndice I)
Fecha de Publicación: 23-10-2020
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

**Nuevas aportaciones a
“AMÉRICA EN EL JARDÍN DE LAS DELICIAS”
(anejo I)**

*¿No te gusta oír las máscaras? «Piripipiu, retipiripiu...» Parecen pájaros.
Lorenzo Villalonga, Bearn*

1.- Hemos hablado ya en extenso del Bosco como de un «humanista que pinta», de su espíritu «filológico», de su fascinación por las palabras y las lenguas.

Otra vertiente de su personalidad, luminosamente plasmada en su obra, fruto jugoso también de ese su humanismo renacentista, es su pasión desbordada por la naturaleza. La «balumba» de animales, plantas y minerales pintados en *El Jardín de las delicias* nos habla de un hombre apasionado por el mundo natural que se recrea en la representación realista de aves, insectos, árboles, flores, frutas, etc., como nunca hasta entonces se había dado en la historia de la pintura. El dibujo *Nido de búhos* [fig. 1] es, probablemente, la obra donde la intención del Bosco se nos muestra más despojada de toda pretensión alegórica, allí donde confluyen de modo más *desinteresado* el placer de dibujar del pintor con el placer de contemplar el mundo animal y vegetal del naturalista. En *Nido de búhos* late una anticipación del cuaderno de campo del aficionado a la ornitología.



Figura 1. El Bosco, *Nido de búhos*, tinta parda a pluma.
Róterdam, Museum Boijmans Van Beuningen.

Precisamente esa otra faceta de la dimensión humanística del artista, su amor a la naturaleza, en especial, a las aves¹, y, sobre todo, a los búhos, permite completar la

¹ Resulta difícil de creer que la sola contemplación en el medio natural, por sistemática que fuera, unida a una portentosa memoria visual, que sin duda tenía, haya permitido al Bosco representar en sus obras tal variedad de pájaros de manera tan fiel. En algunos casos, como en el de las aves nocturnas, semejante prodigio habría sido, además, sencillamente imposible. Cabe, pues, imaginar en la casa y el taller del artista de 's-Hertogenbosch abundancia de jaulas con sus alados modelos, e incluso de aves disecadas, tratándose de las más zahareñas o raras.

comprensión del cárabo común (*Strix aluco*) como máscara carnavalesca tras la que se esconde el Bosco, así como afianzar la interpretación satírica del *Jardín*.

En su extraordinaria narración titulada *Tres pájaros de cuenta*, Miguel Delibes, el gran escritor, a la par que hombre de campo, y dibujante en su juventud, dice del cárabo que

«De las aves que conozco, (...) es –aparte la gaviota reidora– la única que tiene la propiedad de reírse: una carcajada descarada, sarcástica, un poco lúgubre, un “juuuuj-juuuuuuj”»².

De igual modo que J.A. Baker en *The peregrine* veía en el rostro del cárabo la máscara de un caballero que «se hubiese marchitado hasta dar en búho», Delibes dice que los

«discos grises o rojizos alrededor de los ojos (...) le dan la apariencia de una viejecita con gafas, escéptica y cogitabunda»³,

para concluir designándolo como

«el rey de la noche, (...) el fanfarrón de la grey ornitológica»⁴.

El Bosco se sirvió de las diversas posibilidades de juego lingüístico que le ofrecía el nombre del cárabo en neerlandés –*bosuil*– para componer una autorrepresentación poliédrica que el comportamiento en estado salvaje de la propia ave –que el pintor conocía indudablemente a la perfección– contribuye a acentuar en muchos aspectos, a saber: el humorismo, el disfraz y ese ánimo imperturbable que es trasunto de la mirada diáfana del artista sobre el mundo, que ha de representar con objetividad en su pintura:

«en ocasiones, las pequeñas avecillas lo descubren y entonces se arma en torno suyo una algarabía de mil demonios, con pitidos y silbidos de todos los matices, atemorizados intentos de agresión, etc., pero el cárabo suele permanecer impassible, indiferente, como si la cosa no fuera con él»⁵.

2.- Sólo la Biblia fue más leída en el ocaso de la Edad Media y en el Renacimiento; fue el único libro de viajes que poseyó Leonardo da Vinci⁶; junto con el *Libro de las maravillas* de Marco Polo, se le tiene por una fuente crucial para la génesis y realización del viaje del descubrimiento de Cristóbal Colón. El título de ese libro es *Los viajes de Sir John Mandeville*, obra de mediados del s. XIV.

No es el propósito de las líneas que siguen adentrar al lector en los misterios que dicha obra encierra, tales como la identidad de su autor o el hecho de que los viajes descritos con lujo de detalle no fueran sino un ejercicio literario. Su único objeto es, a partir de las múltiples afinidades que presentan texto y tríptico, trazar un parangón hipotético: si *Los viajes de Sir John Mandeville* sirvieron de guía a las naves de Colón en su derrota desconocida hacia las Indias, bien pudieron sus páginas, igualmente, haber inspirado al Bosco en la ardua tarea de tener que figurar el Nuevo Mundo, por vez primera, en una obra pictórica.

² M. DELIBES, *Tres pájaros de cuenta*, Ed. Destino, Barcelona, 2018, p. 259.

³ M. DELIBES, op. cit., p. 259.

⁴ M. DELIBES, op. cit., p. 261.

⁵ M. DELIBES, op. cit., p. 260.

⁶ *Los Viajes de Sir John Mandeville*, Cátedra, Madrid, 2001, p. 33.

La atenta lectura de la segunda parte, en especial, de *Los viajes de Sir John Mandeville*, donde se relata el peregrinaje del narrador hasta los confines orientales del continente asiático, permite conjeturar que el Bosco lo empleó como fuente literaria, junto con *Mundus Novus* de Américo Vespucio, para ilustrar esas tierras y esa humanidad de las que apenas había noticias ciertas ni, claro está, representaciones plásticas.

A pesar de que no siempre resulta sencillo determinar los lugares exactos que describe Mandeville en el curso de su periplo por Asia, el autor de *Los viajes...* demuestra tener unos conocimientos avezados en materia de cartografía, geografía y astronomía. De la noción de ‘antípodas’ –que emplaza en «las tierras de Preste Juan, el emperador de la India»⁷– destaca tres rasgos cuya *traducción* pictórica se aprecia en *El Jardín*, a saber, la idea de inversión, de mundo al revés:

«Uno tiene la impresión –no importa en qué parte del globo terrestre se viva, arriba o abajo– de que son los de la parte opuesta los que están al revés»⁸.

La oposición noche-día:

«Sabed bien que, según lo que yo entiendo y creo, las tierras (...) de la India, se hallan debajo de nosotros (...) y allí es de día cuando entre nosotros es de noche. Y también, al contrario, allí es de noche cuando entre nosotros es de día»⁹.

Y la vecindad de los antípodas al Paraíso:

«cuando está amaneciendo en aquellos lugares cercanos al Paraíso Terrestre, es medianoche en nuestra parte del mundo, a causa de la redondez de la Tierra»¹⁰.

Aquellos parajes en los confines de nuestro mundo están densamente poblados, tal como pudieron comprobar también Colón y Vespucio al tocar tierra americana:

«Las gentes de la India tienden por naturaleza a no moverse jamás de su propia tierra, razón por la cual hay tal multitud de habitantes, pues viven en el primer clima, que está regido por Saturno (...). Y puesto que Saturno es tan tardo de movimiento, las gentes de estas tierras, que viven bajo la influencia de ese clima regido por él, tienden por naturaleza a no moverse de su lugar e ir en busca de otras tierras. Al contrario de lo que sucede en nuestro país»¹¹.

Al margen de su advocación climática, la mención al dios romano no podía pasar desapercibida para ningún buen conocedor del mito clásico, como sin duda fue el humanista Hieronymus Bosch. El reinado de Saturno, antes de ser destronado por Júpiter, su hijo, fue la Edad de Oro, ese tiempo primigenio y paradisiaco con que se dieron de

⁷ Op. cit., p. 212. También en p. 311, «(...) los dominio de Preste Juan, tierras que son nuestros antípodas».

⁸ Op. cit., p. 214. Ver figs. 19 y 20 de *América en El Jardín de las delicias*.

⁹ Op. cit., p. 212. Ver fig. 26 de *América en El Jardín de las delicias*.

¹⁰ Op. cit., p. 308.

¹¹ Op. cit., p. 198.

bruces los primeros viajeros americanos –así lo creyeron ellos– y cuyos rasgos más conspicuos y tópicos aparecen en *Los viajes...* en la descripción de la isla de Lamary¹².

Allí, como en las Indias Occidentales y en *El Jardín*, todo el mundo vive *in puris naturalibus*, lo cual, según los habitantes de Lamary, lejos de ofender a su dios –que es, a mayor abundamiento, el mismo dios de los cristianos–, es en alabanza suya:

«En esa tierra hace un calor extremo, de ahí que exista la costumbre de que hombres y mujeres vayan completamente desnudos. Se burlan de las gentes que van vestidas. Dicen que Dios creó a Adán y Eva completamente desnudos y, por eso, nadie debería avergonzarse de mostrarse como Dios le hizo, pues no es malo lo que es natural. Dicen que los que van vestidos son gentes de otro mundo o gentes que no creen en Dios; que ellos creen en Dios que hizo el mundo, que creó a Adán y Eva y todo lo demás»¹³.

La áurea desnudez, en la tónica de la literatura paradisiaca, es signo cierto de igualdad en el acceso a los bienes terrenales y fulcro de la felicidad colectiva:

«allí toda la tierra es de propiedad común¹⁴ (...). Todos los productos de la tierra son también de propiedad común (...); cualquiera coge lo que le place sin que nadie le ponga cortapisas, y cualquier hombre es tan rico como otro»¹⁵,

estado al que acompaña, invariablemente –como en el *Nuevo Mundo* de Vespuccio o la *Nephelokkygia* de Aristófanes–, la más amplia libertad sexual:

«En esa tierra no existe el matrimonio de hombre y mujer, pues todas las mujeres allí son comunes para todos los hombres, y ellas no rechazan a ninguno»¹⁶.

Por su parte, en «India la Mayor», en el reino de «*Mancy*», dice Mandeville que hay:

«más gentes que en ninguna otra parte de la India debido a la feracidad de la tierra (...). Son gentes hermosas pero muy pálidas (...). Hay muchas más mujeres hermosas que en ningún otro país de ultramar. Algunos llaman a esa tierra Albania, porque sus gentes son blancas»¹⁷.

En esa difusa geografía a la que da mágico sentido el nombre de resonancias prodigiosas de *India*, al pie de una montaña llamada *Polombe*

«hay una fuente grande y hermosa que tiene el olor y el sabor de todas las especias y a cada hora del día cambia de olor y sabor (...). Los que viven cerca y beben a menudo de esa fuente no padecen nunca enfermedades y parecen siempre jóvenes (...). Algunos la llaman la Fuente de la Juventud, pues quien bebe de ella a menudo parecerá siempre joven y vivirá libre de enfermedades. Se dice que el agua de esa fuente procede del Paraíso, lo que explica que tenga un poder tan grande»¹⁸.

¹² «Según Cordier (1891), se trata de Samorj, uno de los reinos de la isla de Sumatra mencionado con frecuencia por los viajeros árabes», op. cit., p. 198.

¹³ Op. cit., p. 209. Ver fig. 46 de *América en El Jardín de las delicias*.

¹⁴ Op. cit., p. 209.

¹⁵ Op. cit., p. 210.

¹⁶ Op. cit., p. 209. Ver fig. 48 de *América en El Jardín de las delicias*. No deja de ser singular coincidencia que en la utopías descritas tanto en *Las Aves* como en *Mundus Novus* y en *Los viajes de Sir John Mandeville* –no así en *El Jardín de las delicias*– se practique el canibalismo: «Pero en este país existe una terrible costumbre: prefieren comer carne humana a cualquier otra», op. cit., p. 210.

¹⁷ Op. cit., p. 229. Ver fig. 47 de *América en El Jardín de las delicias*.

¹⁸ Op. cit., p. 203. Ver fig. 39 de *América en El Jardín de las delicias*.

Allí, «en ese país»,

«la gente se tumba completamente desnuda en los ríos y arroyos –hombres y mujeres juntos– (...). A causa del intenso calor del sol, meten todo el cuerpo dentro del agua, excepto la cara. Las mujeres no sienten vergüenza ante los hombres, sino que permanecen tumbadas, unas al lado de los otros»¹⁹.

Mandeville nos dice que hay cuatro ríos que nacen en el Paraíso y que uno de ellos «está lleno de piedras preciosas»²⁰, lo que entronca con la añeja imagen clásica de una India diamantífera:

«Sobre las rocas de cristal nacen buenos diamantes de un color turbio²¹ (...). También hay diamantes (...), pero los mejores y los más preciosos están en la India²² (...). En la India existen también diamantes llamados violáceos porque su color es como el violeta o más pardo que el violeta»²³ [fig. 2].



Figura 2. El Bosco, *El Jardín de las delicias*, detalle de las piedras preciosas de la tabla izquierda. Óleo sobre tabla de madera de roble. Madrid, Museo del Prado.

Como tierra de maravillas que es, abundan allí los animales exóticos tales como los elefantes, a los que llaman «warkes»²⁴, y los «unicornios, leones de diversos tipos (...) y otros muchos animales espantosos»²⁵. Sin embargo, es en la isla de Calonak²⁶, donde Mandeville asiste a la escena más asombrosa:

«Todos los tipos de peces del mar que rodea a la isla salen a la superficie, y unas especies tras otras se van arrojando a las orillas de la isla en cantidades tales que apenas se puede ver otra cosa que peces. (...) Llegan todos los peces del mar para rendir tributo al más noble y excelso rey del mundo, que es el más amado por Dios, según dicen ellos. Yo, por mi parte, no conozco la razón de esto, sólo Dios lo sabe. Pero considero que es la maravilla más grande que jamás haya visto, pues no es maravilla natural, sino sobrenatural»²⁷.

¹⁹ Op. cit., p. 198. Ver figs. 49 y 50 de *América en El Jardín de las delicias*.

²⁰ Op. cit., p. 285.

²¹ Op. cit., p. 194.

²² Op. cit., p. 195.

²³ Op. cit., p. 196.

²⁴ Op. cit., p. 220. Ver fig. 34 de *América en El Jardín de las delicias*.

²⁵ Op. cit., p. 305. Ver fig. 38 de *América en El Jardín de las delicias*.

²⁶ «Cordier (1891), identifica este nombre (...) con Tchampa, en la península de Indochina», op. cit., p. 219.

²⁷ Op. cit., p. 220. Ver figs. 40 y 43 de *América en El Jardín de las delicias*.

Entre las plantas, por fin, describe una el autor de *Los viajes...* llamada a ser la fuerza propulsora de la era de los grandes descubrimientos, en la que creemos reconocer la planta trepadora que ciñe el tronco del drago de la tabla izquierda del *Jardín*:

«la pimienta crece como la viña silvestre, adherida a los árboles del bosque en los que se apoya, y el fruto cuelga como cuelgan los racimos de uvas»²⁸ [fig. 3].



Figura 3. El Bosco, *El Jardín de las delicias*, detalle de la planta de la pimienta de la tabla izquierda.
Óleo sobre tabla de madera de roble. Madrid, Museo del Prado.

Al exotismo de una naturaleza mirífica, obra resplandeciente de Dios —«*Mirabilia testimonia tua Domine*»²⁹—, corresponde una humanidad que no ha tenido revelación, como sucedía a los habitantes de la Utopía moreana o de la Ciudad del Sol de Tommaso Campanella, pero que por seguir «la ley natural están tan próximos al cristianismo»³⁰. Ellos son «las ovejas que no son de este aprisco»³¹:

«Más allá de esta isla hay otra, grande, buena y fértil donde habitan unas buenas gentes, de una gran rectitud de intención, que viven de acuerdo con sus creencias y con su religión. Y, aunque no son cristianos ni tienen una religión perfecta, sin embargo, la práctica de la religión natural les hace ser muy virtuosos y evitar todos los vicios, todas las maldades y todos los pecados. No son soberbios, ni avaros, ni envidiosos, ni iracundos, ni glotones, ni lujuriosos. No hacen a nadie lo que no querrían que otros les hicieran a ellos. Y es así que cumplen los diez mandamientos de Dios y no se preocupan por tener propiedades ni riqueza. (...)

En general, todos los habitantes de esa isla y de todas las tierras próximas son más honrados y más justos en todo que los de cualquier país del mundo. En esa isla no hay ladrones, ni asesinos, ni prostitutas, ni mendigos; y allí nunca se ha matado a nadie. (...). Y porque son tan rectos, tan justos y están tan llenos de buenas

²⁸ Op. cit., p. 202.

²⁹ Cita ligeramente alterada del Salmo 119, 129, que Mandeville traduce como «Señor, tus maravillas son tu testimonio», op. cit., p. 106.

³⁰ T. CAMPANELLA, *La Ciudad del Sol*, Edición de Emilio García Estébanez, Akal, Madrid, 2006, p. 180.

³¹ «Alias oves habeo, quae non sunt ex hoc ovili», Juan 10, 16.

virtudes, nunca han sufrido temporales, tormentas, rayos, granizo, pestes, guerra, hambre, ni ninguna otra tribulación, como las hemos sufrido nosotros a causa de nuestros pecados. Así pues, parece claro que Dios los ama y le complacen sus creencias a causa de sus buenas obras. (...) con tanta templanza y moderación (...) su vida es larga. La mayoría de ellos no muere de enfermedad, sino de vejez cuando a la naturaleza le fallan las fuerzas»³².

Luis Tejero González
La Haya, octubre 2020

³² Op. cit., pp. 300-301.